

LA LECCIÓN



XIII

Llamé suavemente á la puerta de la más hermosa é ingrata de las mujeres, de aquella que me amó largo tiempo; ¡oh sí largo tiempo! de abril á abril. Largueza meritoria de ternura.

—¿Quién está ahí?—respondió ella desde dentro.

—El que te adora, amada mía—respondí—y á quien tú desdeñas.

—Amigo mío, no es propio de un hombre cortés, venir á molestar á las

personas en el momento de ir á meterse en el lecho, continuad, os lo ruego, vuestro camino.

No insistí más y me retiré triste y cabizbajo, pensando que las jóvenes bonitas se complacen en cambiar á menudo de amante; desechan al viejo, por el que se presenta hoy ofreciendo nuevas caricias.

A pesar de todas estas reflexiones, volví sobre mis pasos y llamé otra vez á la cerrada puerta de aquella mujer que ya no me amaba.

—¿Quién es?—respondió con enojo.—¡Cómo! ¿Sóis vos todavía?

—No, es otro amiga mía, os lo aseguro, otro, que se muere de cariño y que desea besar nada más que la puntita de ese lindo pie que asoma por debajo del vestido.

No respondió al pronto, sin duda se entregaba á sus meditaciones.

—¿Otro?—responde al fin.

Creí por un momento que iba á enter necerse, pero prosiguió con tono duro.

—Os repito, que es muy inconveniente venir á turbar el sueño de las personas, cuando éstas se disponen ya á cerrar sus pupilas; seguid, seguid en buen hora vuestro camino.

Yo entonces la pregunté desolado.

—¿Pues qué, para ser acogido de nuevo por vos, no es suficiente, querida infiel, haber variado en absoluto, ser en una palabra, completamente desconocido?

Escuché detrás de la puerta una risa contenida.

—Aprended—me dijo por último

—y sírvaos esta lección para lo sucesivo, no es suficiente, ni satisface á una mujer, recibir el mismo beso de un hombre dado de diferente manera, esto hastía, causa molestia; es preciso para sentir el goce, que sean otros los labios que lo den.

LA ESTRELLA DICHOSA



XIV

Muy lejos, muy alto, en el azul purísimo del firmamento, una preciosa estrella se afligía, pensativa, semejante á los ojos de una doncella próxima á verter lágrimas.

Un ángel que por allí pasaba, dijo á la entristecida estrella:

—¿Por qué te afliges tan dolorosamente, querido astro?

A lo que respondió.

—Es que he visto por la noche, cuando arrojé mi dulce claridad so-

bre la tierra, á una de mis hermanas, que brilla en uno de los riachuelos de París, y tengo envidia de ella. Quisiera estar en su lugar, unir al suyo mi reflejo y temblar en el agua oscura, cerca de la acera por donde circula la gente.

El ángel se quedó mudo de sorpresa.

—¡Cómo!—dijo al cabo de un instante—tú que contemplas los horizontes milagrosos del azul nocturno, tú que eres la vecina del paraíso, y abres sus puertas, sus puertas de ópalo y lapis-lázuli, tú que estás unida á la prodigiosa bóveda, inflamada de constelaciones, tú que estás en el infinito como una de las más preciosas perlas de un collar de luz, tú que admiras al declinar de la tarde, la

rosada palidez del crepúsculo, estás celosa, joya celeste, de un astro caído en el fango como una flor marchita.

—Sí, estoy celosa—dijo la estrella—y por lucir tan lejos de la tierra, me siento próxima á llorar lágrimas de oro pálido, porque aquella de mis hermanas que está en el riachuelo, puede admirar los menudos y ligeros piccitos y un poco de la pierna de las parienses que por allí pasan.

EFFECTOS DEL BESO



XV

Ambas dormían, llorando la una y riendo la otra; el resplandor de la lamparilla de noche, cubierta por las alas de dos ángeles guardianes, iluminaba el semblante de las preciosas doncellas.

¿Por qué la mayor, entreabría sus divinos labios, dibujándose en ellos una dulce sonrisa?

Porque en sueños, se le representaba un hermoso joven que había recogido la otra mañana en el paseo el

pañuelo que se le cayó á la niña distraidamente.

¿Por qué se deslizaban líquidas perlas de los ojos de la menor?

Porque en sus sueños veía á un joven atrevido, que sin temor de llamar la atención de las comadres del barrio, la había seguido hasta su casa, desde la iglesia.

Los dos ángeles que guardaban el sueño de las pudorosas doncellas, se encontraban perplejos por el llanto y la risa de ambas, ellos hubieran querido que su descanso fuera tranquilo y sosegado, y que ni la más ligera nube de alegría ó tristeza empañara sus virginales frentes.

Una idea concibieron para calmarlas; se inclinaron hacia las doncellas que les habían sido confiadas

y las besaron en los labios, á pesar de esta caricia, las niñas no entraron en reposo: la que antes reía, lloraba ahora, y la que lloró primero, reía después.

Esto indica que no hay que confiar en el beso para calmar el corazón de las vírgenes, que de noche son asaltadas por la mariposa negra de las melancolías.

JUNTO A UN SEPULCRO



XVI

Al entrar en aquel cementerio, fresco, agradable, lleno de rosas blancas é iluminado por el sol del medio día, ví una hermosa joven, que apenas contaría diecisiete años, arrodillada delante de una tumba.

La niña reía á carcajadas, como una loca, y no dejó de extrañarme tan intempestiva alegría.

No se puede imaginar nada más gracioso que aquella linda criatura,

con sus dorados cabellos hechos rizados, sus ojos azules y su fresca boca; pero lo raro en ella era el contento que mostraba junto á las fosas adonde reposaban los muertos.

No pude contener mi indignación, y dirigiéndome á ella, la dije:

—Señorita, sin duda no sabéis qué sitio es este, ¿ignoráis quién reposa bajo ese mármol?

—Sí—dijo ella—sé, perfectamente, quien descansa en este sepulcro; era mi amigo, mi esposo del alma, mi único bien—prosiguió con voz entrecortada, por los sollozos—cuando él murió, yo creí morir también de pena.

—Sin embargo—repliqué—estáis riendo.

—¡Ah caballero! ¡es que durante su

vida, no tenía más placer que verme contenta y dichosa, y si yo ahora llorase sobre su tumba, estoy segura de que sufriría mucho...!

EL JUGADOR HONRADO



XVII

— Escuchad — dijo Marión — vamos á entretenernos con un juego que he inventado.

— ¿Se puede saber cuál es?— preguntó él con timidez.

— Sí, oid; yo os digo una cosa, no importa cual, la primera que se me ocurra; si os hace llorar, perdéis y yo gano; si os hace reir, ganáis y yo pierdo.

— Bueno — respondió con melancolía — puesto que tal es vuestro deseo, empezad.

—Al punto—y acercándose á su oído—os aborrezco—dijo.

—Ja, ja, ja....

—Hola—dijo Marión—me engañáis. Te ries para hacerme perder. Estoy segura de que en el fondo lloráis á la sola idea de que no os ame. Pero bueno, esta vez no se cuenta, volvamos á empezar, sólo que ahora si lloráis, yo gano, y si no, pierdo.

—Como queráis—suspiró tristemente.

—Oid—dijo ella—os amo con toda mi alma.

El sollozó con desesperación.

—¡Tampoco!—exclamó ella enojada—como se entiende, ahora debieráis reiros con la más franca alegría, por haberos confesado mi amor.

—Creedme, Marión—replicó él—

lo que acabáis de decirme no puede alegrarme de ningún modo, pensaréis como os de gana, pero permitidme que os diga, que tanto llorando como riendo sois el más leal de los jugadores, pero advertido yo de la mentira que siempre dicta vuestras palabras, nada puede igualar al gozo de oiros decir que no me amáis, como á la desesperación que me produce oiros afirmar que me adoráis con toda vuestra alma.

MI DULCE AMANTE



XVIII

No es ciertamente virtud que yo pertenezca tan por entero á mi amada, como pertenece la hoja del árbol al huracán, puesto que para mi felicidad y goce ella es perfecta: pero, lo que la hace sobre todo admirable, y la da cierta superioridad entre las demás mujeres, es la dulzura exquisita de su alma.

Una tarde que paseábamos juntos por las afueras de París, hicimos alto

al borde de una sima en cuyo fondo rugía el más espantoso torbellino de aguas que jamás pudo imaginar la mente. Entre el círculo desgarrado de rocas y hielos, se revolvía furiosamente el vértigo tumultuoso del agua bramadora, con sus millares de bocas abiertas y un estrépito horrible comparable sólo al de cien truenos.

Mirando con una ligera sonrisa el espantoso é hirviente torbellino, mi dulce amada quitó de su oreja un grueso brillante que parecía una gota de rocío resbalando sobre el pétalo de un clavel, y lo arrojó al abismo.

Ella—que como os he dicho es la más tierna persona que existe sobre la tierra—murmuró con voz divina, que parecía un murmullo celeste:

—¿Queréis—amor mío—que os

esté reconocida? pues recoged ese diamante que ha caído al agua.

Quedé confundido y extasiado ante la benignidad que me demostraba, y después de una larga aspiración, me arrojé, según su capricho á la onda bramadora y mugiente.

Confieso que pasé momentos atroces: cogido entre las negras fauces de aquel mónstruo líquido, me debatía desesperadamente; yo hubiera preferido encontrarme sentado en la orilla sobre el verde césped, sintiendo en mi rostro el ténue revolotear de las mariposas.

Deseché en el acto este pensamiento y no pensé más que en merecer á la salida una dulce sonrisa de gratitud.

—¿Cómo triunfé del terrible remo-

lino? ¿Cómo no fuí aplastado contra algún escollo ó ahogado entre las furiosas olas?

Lo ignoro, pero es lo cierto, que arranqué el diamante de entre las garras de un mónstruo, que de él se había apoderado, y subí á la superficie, ensangrentado, exánime, sintiendo ya los primeros síntomas de la asfixia, pero mostrando en la punta de mis dedos la reconquistada piedra preciosa.

El espectáculo que se presentó ante mis ojos me sorprendió extraordinariamente.

Mi amiga, estaba sentada sobre las rodillas de un joven de hermosa figura, sin oponerse á que él introdujera sus dedos entre sus hermosos cabellos, ni besase sus rojos labios.

¡Ah! ¡lo que es la irreflexión! Mi primer pensamiento fué correr hacia ellos y darles la muerte, pero tuve el suficiente aplomo para dominar mi punible cólera.

Yo sólo era el culpable en aquel caso; había estado demasiado tiempo debajo del agua. ¡Tres minutos! ¡espacio enorme!

¿Qué mujer estando sola este tiempo, aun la más constante, no hubiera aceptado el amor de dos ó tres jóvenes de buena presencia?

Mi amiga, mi dulce y fiel amiga, no me ha hecho traición más que con uno, por eso no extrañaréis que yo estuviera profundamente admirado.

Haciéndome todas estas reflexiones, me libré muy mucho de estor-

bar el amor de los jóvenes, ocultándome prudentemente detrás de un bloque de hielo.

Apenas me escondí cuando mi hermosa amiga, descubrió á pesar del frío sus hermosos pechos, que acarició él con pasión ardiente.

Ella entonces lo despidió con un ademán y un gesto en el cual se traslucía el deseo de un próximo encuentro.

Yo me presente ante sus ojos, y la ofrecí lleno de gratitud el diamante que había rescatado del abismo, con peligro de mi vida.

¿Creeréis sin duda, que estando como estaba chorreando agua, con los cabellos llenos de hierbas y cubierto de pedazos de hielo, ella apartó la cara con horror?

No la conocéis.

Es verdad que separó un poco su vestido, que hubiera podido mancharse, y tomó la piedra alargando el brazo y con la punta de los dedos, pero en cambio me miró dulcemente sin reprendirme por haber tardado tanto, y como supremo favor me concedió que besara la puntita rosada de su dedito de nácar.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEOA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO MARTÍNEZ"
Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO